

# Históricas Digital

James Creelman

*Díaz, jerarca de México*

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

## VIII

## EL PRIMER BAUTISMO DE SANGRE DE DÍAZ

El capitán Díaz había bajado de su puesto en la montaña hacia fines del año 1856, cuando por lo bajo se oyeron los primeros comentarios virulentos de una guerra civil.

Para entonces Díaz ya era un héroe entre sus compañeros, quienes recordaban cómo el estudiante de leyes había desafiado abiertamente a Santa Anna en el palacio del estado y había dispersado a los soldados que enviaron a perseguirlo.

Dos veces fue al rescate de Oaxaca con sus montañeses militarmente entrenados, pero no había arrogancia en él. Era tan silencioso, serio y lleno de energía como siempre. Recibía un pequeño salario por su trabajo cívico en Ixtlán, pero no había aceptado un solo centavo por sus servicios militares. Ahora era un soldado profesional al que eligieron en forma regular para una capitanía en la Guardia Nacional.

Había una tendencia a organizar revueltas en la costa del Pacífico del estado de Oaxaca. Los iracundos sacerdotes agitaban a la población, compuesta por un gran porcentaje de individuos de raza negra. El gobernador Juárez acudió en persona a Tehuantepec para tranquilizar a los habitantes y explicarles cuál era la situación. Pero a pesar de todo

hubo un alzamiento de personas negras en el distrito de Jamiltepec, encabezados por José M. Salado. Los párrocos locales habían exaltado los ánimos de la turba contra la nueva Constitución. Una vez agotada su paciencia, Juárez ordenó a la Guardia Nacional que fuera a someter a los rebeldes. La expedición de 400 hombres iba al mando del coronel Manuel Velasco, acompañada por el coronel Díaz.

El 13 de agosto, los soldados llegaron al pueblo de Ixcapa, en el corazón del distrito rebelde. La lucha comenzó en sus calles; Díaz avanzaba a pie a la cabeza de su compañía, espada en ristre, con su espalda ancha, rostro bronceado, grandes ojos oscuros que reflejaban una intensa emoción al acercarse la lucha por la vida. Frente a él, vio el avance de un grupo de enemigos con un sacerdote vociferante montado a caballo y sosteniendo una gran cruz negra. Se alistaba para atacar a esta fuerza cuando, al pasar por una bocacalle, un destacamento del enemigo apareció por su flanco derecho y se vio obligado a voltear rápidamente para hacerle frente. En la primera descarga cerrada recibió una herida que lo tiró al suelo, pero se esforzó por levantarse, pálido y sangrante, y siguió luchando. La bala le dio en el cuerpo y se tambaleaba al moverse, de modo que sus soldados sorprendidos lo vitorearon cuando se incorporó a lo más reñido de la batalla. A pesar de su agonía, el joven soldado que posteriormente comandaría ejércitos y cambiaría la historia, siguió en la lucha hasta que al cargar con su bayoneta hizo retroceder a los soldados que lo flanqueaban. Acto seguido, el grupo principal del enemigo recibió un ataque frontal, en el cual el rebelde Salado en persona estuvo al mando. El líder blandía un machete y le abrió la cabeza a un sargento que estaba cargando su mosquete, pero el sargento jaló del gatillo y la carga, que incluía la baqueta del fusil, le pegó a Salado en el pecho y después le encajaron la bayoneta. Eso sobrecogió a sus fuerzas, las cuales huyeron, dando a los liberales una victoria total. Muchos de los fugitivos se ahogaron al tratar de cruzar un arroyo. A algunos los ultimaron en el agua, a otros se los comieron los lagartos.

Después de la batalla, Díaz la pasó muy mal. Lo habían herido en el costado izquierdo. Primero, el mayor del batallón le vendó la herida para detener la hemorragia. A continuación un indígena ebrio le aplicó

allí resina de pino, huevos y grasa. Entonces lo llevaron a una hacienda cercana a Ixcapa y allí un cirujano hizo dos incisiones y lo exploró para buscar la bala, pero lo único que extrajo fue un fragmento de hueso. Sobre la herida le colocaron una cataplasma.

Después de una estancia de 18 días en la hacienda, con el resto de los heridos, algunos hombres lo cargaron en una camilla para llevarlo a otra hacienda situada a unas sesenta millas. Había llovido mucho y el suelo estaba húmedo y resbaloso. Los camilleros en ocasiones se cayeron y tiraron en el lodo al futuro presidente de México. Durante todo ese tiempo no se quejó. Pronto le ensillaron un caballo y, con grandes dolores, cabalgó el resto del camino. El 30 de septiembre de 1857, el capitán Díaz llegó a Oaxaca. Allí lo examinaron buenos cirujanos, incluido Manuel Ortega Reyes, quien luego sería su suegro. Se determinó que la bala tal vez estaba enquistada y le aplicaron emplastos y potasa cáustica. Tanto amigos como enemigos de Díaz se habían dado cuenta muchas veces de que era extraordinariamente difícil matar a ese hombre.

Su primer bautismo de sangre despertó en Díaz un apetito patriótico por la batalla que le tomó muchos años sangrientos satisfacer. Al mirar el abismo de constante agitación en el futuro de su país, vio algo que provenía de las cualidades más heroicas de su sangre hispano-indígena. Aun en medio de las emociones homicidas que surgían a su alrededor en su ciudad natal, siempre se mantuvo reservado, sobrio, pensativo, formal. Una y otra vez, en su carrera había demostrado que era un hombre capaz de profundas emociones políticas. Lo profundo e intenso del amor por su país se había revelado en declaraciones fulminantes cuando su lealtad y valor fueron puestos a prueba en las grandes crisis; pero su actitud común ha sido la de un patriota práctico que busca cómo utilizar su fuerza e inteligencia, concentrado en los hechos y no en las palabras; y si a veces ha pronunciado las frases grandilocuentes producto de la civilización que lo engendró, eso ha sucedido cuando las exigencias del liderazgo demandaban la elocuencia.

La escena completa de la vida nacional cambió de improviso después de que regresó a Oaxaca. La Iglesia armada, que profería sus gritos de guerra por todo el país, y lanzaba sus anatemas desde todos los

altares, hizo tambalearse al presidente Comonfort. En la víspera misma de la proclamación de la nueva Constitución, había descubierto una conspiración armada de los monjes del gran convento de San Francisco, cuyo recinto abarcaba gran parte de la ciudad de México. Al día siguiente envió tropas al convento, lo suprimió y abrió dos calles grandes en sus terrenos.

A Comonfort lo habían reelegido para la presidencia y, al mismo tiempo, Juárez fue nombrado presidente de la Suprema Corte, y de esa manera se volvió el sucesor constitucional del presidente. La tormenta de la hostilidad de la Iglesia y la repentina actividad de los revolucionarios, con fondos aportados por la Iglesia y encabezada por aventureros militares descontentos, crispó los nervios y turbó el juicio de Comonfort. En un momento de desesperación se rindió al partido clerical, abandonó la nueva Constitución, disolvió el Congreso y encarceló a Juárez. Había luchas constantes entre liberales y clericales en las calles de la capital nacional. Entonces Comonfort cambió una vez más de parecer, liberó a Juárez y trató de restablecer el orden, pero ya era demasiado tarde; la guerra civil había empezado de verdad, y Comonfort huyó del país el 5 de febrero de 1858.

Después de la huida de Comonfort, Juárez se convirtió en el presidente constitucional de México. Inmediatamente los enemigos de la república declararon presidente a Zuloaga. Los liberales se vieron obligados a abandonar la ciudad de México —que estaba ocupada por el gobierno clerical usurpador— y se reunieron en Querétaro, donde Juárez se instaló regularmente como presidente constitucional el 10 de enero de 1858. Juárez se trasladó a Guadalajara, donde organizó su gobierno, pero aun en esa ciudad había guerra. Los liberales y clericales se trenzaron en una lucha feroz en las calles por la posesión de la ciudad. Las ciudades de México y Puebla estaban en manos de Zuloaga y sus fuerzas, pero el resto del país parecía ser leal a Juárez y a la Constitución.

Uno de los funcionarios de Juárez, el coronel Landa, a quien se confió la defensa del palacio presidencial, resultó ser un traidor. Tomó prisioneros al presidente y a su gabinete, y luego informó fríamente a Juárez que lo dejaría en libertad si ordenaba a sus tropas que entregaran

Guadalajara al enemigo. El gran indígena rechazó el ofrecimiento con desdén. Landa trajo un pelotón de soldados a la habitación y les ordenó que fusilaran a los prisioneros.

Cuando los ejecutores se formaron en línea, Juárez avanzó y los enfrentó, y cuando apuntaron los mosquetes y se dio la orden de disparar, él levantó la cabeza y con toda calma miró a los soldados a los ojos. Por un instante los hombres vacilaron. Juárez permaneció impasible, con la mirada fija en ellos. Luego todos los hombres pusieron los mosquetes en el suelo. Landa no repitió la orden. Aceptó un soborno de \$8000 reunido apresuradamente, y se retiró satisfecho con sus fuerzas.

El ejército clerical, al mando del general Osollo, ejerció tal presión contra Guadalajara, que Juárez no pudo sostener la defensa de la ciudad y, al retirarse con su Gabinete, emprendió camino a Manzanillo, zarpando de allí a los Estados Unidos, para después llegar a Veracruz, el baluarte de los liberales, donde estableció su gobierno en el puerto marítimo que conducía a la capital.

Con la muerte del general Osollo, el mando supremo del ejército de Zuloaga pasó al general Miguel Miramón, un joven y gallardo soldado mexicano de nacimiento, brillante, bien parecido, de 26 años de edad, que afirmaba ser descendiente del Marqués de Miramón, quien murió al lado de Francisco I en la batalla de Pavía. Este intrépido combatiente fue después dictador de México y lo ejecutaron con el llamado emperador Maximiliano. Sus dos generales principales eran Leonardo Márquez, un bribón asesino e inescrupuloso, a quien Maximiliano finalmente describió como el “máximo villano de México”, y Tomás Mejía, un mexicano de sangre indígena pura, de Guanajuato, quien luchó con capacidad y valor contra las libertades de su país hasta que él también fue fusilado con Maximiliano.

Mientras Juárez huía a Veracruz, el papa envió su bendición a Zuloaga, el usurpador y ex crupier, y en todas partes se entonaron tedeums a medida que los ejércitos y bandas de guerrilleros, acompañados por monjes vociferantes y estandartes religiosos, procedían a empapar el suelo de México con la sangre de sus soldados indígenas patriotas, ya que la república verdadera contaba con muy pocos defensores, salvo

los descendientes de las razas orientales prehistóricas que poblaron el territorio antes de que Colón y Cortés arribaran con el cristianismo y la pólvora.

Las aptitudes para pelear no significan talento para gobernar ni un fuerte deseo de libertad siempre implica la comprensión de las instituciones democráticas o la capacidad para tenerlas. Encerrado en Veracruz y sitiado por 7 000 hombres y cuarenta cañones, conducidos por Miramón quien había hecho a un lado a Zuloaga y se había colocado como presidente, Juárez, “el hombre de la levita negra”, respondió a los clamores de la Iglesia acuciada por problemas y la amenaza de grandes naciones como Inglaterra, Francia y España, que habían reconocido oficialmente al gobierno usurpador instalado en la capital, mediante decretos que confiscaban incluso las rentas eclesiásticas y llevaban a término la separación de la Iglesia y el Estado, y por medio de sencillos pero emotivos llamados a las masas mexicanas para que pelearan a muerte por una república constitucional basada en la justicia, la igualdad de derechos y la libertad religiosa. Sus decretos revivieron y aplicaron el gran plan de despojar a la Iglesia de su poder, mismo que Comonfort había abandonado.

Si bien las solemnes palabras de Juárez se oyeron en el inmenso teatro de la guerra civil de México, en el alma de un joven capitán en Oaxaca, cuyas heridas todavía provocaban que cojeara por las calles, germinaban el liderazgo y el poder ejecutivo que, a través del velo sangriento de las guerras desoladoras, iba a traer paz y seguridad a la debilitada nación y a establecer los objetivos de la democracia aun en contra de algunas de sus tradiciones más nostálgicas.